

Noche de pesca y otros cuentos

Frans van den Broek Chávez

Escritor: Frans van den Broek Chávez

Coverontwerp: BNB

ISBN:

©fransvandenbroek

Noche de pesca

La noche previa a salir a pescar de madrugada les resultaba difícil irse a dormir. Apiñados en el cuarto de Bernardo tras haber devorado lo que su madre y su abuela les preparaban con hospitalidad serrana, se entregaban a intensas partidas de ajedrez a contrareloj, que casi siempre ganaba Gustavo, el hermano mayor de Bernardo, ya en la universidad, tras lo cual el perdedor se hacía objeto de ácidas burlas cuyo contenido tenía que ver menos con los errores estratégicos de la víctima que con los epítetos habituales que le estaban asociados.

-!Hay que ser bestia, carajo, para entregar la reina tan temprano con esa defensa de mierda! !Serrano tenías que ser, so huevón!

-Por lo menos no soy limeñito amariconado, compadre.

La risa general, que rozaba la histeria, podía oírse desde la bodega de la esquina, en la que se encontraba Fernando comprando unos cigarrillos y unas botellas de rón como habían quedado, castigo para el que llegara último. 'No puedo venir antes, Bernardo, tengo que terminar la asignación de anatomía. Se me jodió la calavera de tanto hervirla. Quizá le puse demasiada cal. Tengo que probar con otro hueso hoy día mismo, porque mañana salgo con mis viejos a almorzar a la sierra y el lunes hay que entregar el hueso para anatomía', había dicho Fernando. 'Bueno, pero el que estudia como chancón, paga. Tráete unas chatas de rón y cigarrillos'. Felizmente salió bien con el fémur ese, pensó Fernando. Allí se quedó, el barniz que le había puesto al fémur brillando a la luz de los focos del jardín, suspendido en la oscuridad de los arbustos mientras se secaba.

'Están cagándose de risa del loco de Gustavo, eso se nota', piensa Fernando, mientras recibe el paquete de Premier y las chatas de rón envueltas en un papel chusco y rugoso, y lo mete todo en su mochila. Él sabía que esas noches se reían más alto que de costumbre, porque la perspectiva de salir a pescar la madrugada siguiente los ponía alegres y excitados. Ellos disfrutaban de estas salidas por los muelles oscuros y rocosos de la Costa Verde, cada quién por razones diferentes, sospechaba Fernando. A él lo animaba el no tener que volver a casa temprano, el poder tomarse unos rones con los patas sin

tener que rendirle cuentas a nadie, las locuras que podían permitirse casi solitarios a esas horas de la noche, sólo acompañados por los pocos pescadores que había por allí y algunos coches desperdigados por la playa en procura de la oscuridad necesaria para el acto misterioso que Fernando sólo conocía mal y pagando. Pero sobre todo, a Fernando le atraía venir a mirar el océano oscuro y viviente, reventando en la punta de los muelles de piedra, mojándole la cara y los pelos enrabiados por el viento, rugiendo a lo largo de la costa pedregosa. Sí, sobre todo eso. Porque la pesca era siempre escasa o inexistente y durante aquellas salidas Fernando apenas recordaba el que hubieran pescado uno que otro bodrio o borracho, alguna vez un jurel que se escapó de su anzuelo apoyándose en una roca demasiado plana, y la guitarra esa que el lechero de Manuel cogió justo cuando ya estaban por irse a Chorrillos a comprar pescado para sus disecciones, como acababan haciendo casi siempre después de otra infructuosa pesca.

‘Ya se están riendo otra vez, qué poco duran las partidas’, se dice al llegar a la casa de Bernardo. La puerta de la casa la abre la hermana menor, Adela, que estaba en la misma clase que su propia hermana menor y venía a su casa a menudo, situaciones que aprovechaba Fernando para ponerse a conversar con ellas y verle las piernas a Adela y, con suerte, hasta el calzón debajo de su uniforme escolar.

- Hola, Fernando, qué tarde que llegas.
- Tuve que hacer la asignación de anatomía porque se me fregó la primera vez el hueso, Adela. Cosas que pasan.
- Ay, ustedes con sus cochinas. Pasa, te están esperando.

Lleva una blusa blanca, quizá la del colegio y al darse vuelta la luz del pasillo permite contemplar el perfil de sus incipientes pechos. Fernando siente un hormigueo en la entrepierna, y no puede dejar de mirar sus pantorrillas morenas mientras se aleja hacia la cocina. En el cuarto de Bernardo lo reciben con todo tipo de burlas y le tiran almohadones y maníes. De inmediato es retado por Gustavo, quien lo considera el más peligroso contendor, pero Fernando declina, aduciendo cansancio.

-Otro cabro, carajo. Estoy rodeado de puros cabros, qué huevada. A ver, ¿quién defiende a su clase, pues? ¿No decían que los de su promoción eran los más capos, los Fischer y Spaskys del colegio? Pura fufulla, carajo. A ver, les regalo la reina para comenzar. Carlos, ¿defiendes el estandarte nacional o no?

Carlos se anima y después de una serie de movidas temerarias acicateadas por su relativa ventaja de la reina se mete en líos y acaba perdiendo los dos alfiles, una torre y la movilidad de un caballo. Anglófilo como siempre, concede la derrota elogiando la astucia de Gustavo y con su encogimiento de hombros habitual se voltea hacia Fernando:

-¿Trajiste el combustible? Hace frío afuera, carajo. A ver, ¿quién me pasa un cigarrito? –sus ojos se pasean por el cuarto buscando una respuesta y todos se ponen a mirar a cualquier parte menos hacia Carlos y a simular conversaciones concentradas entre ellos.

Fernando simula un diálogo con el cholo Emilio sobre la evolución de la columna vertebral en los cordados, exagerando el movimiento de las manos. Al poco rato de sostener esta charada todos se carcajean nuevamente. ‘Estamos alegres, piensa Fernando, porque vamos a chupar’. Su cuerpo y su mente sienten ya los efectos anhelados del alcohol, y anticipan el desvanecimiento de las fronteras comunes, las emociones dulzonas de fraternidad eterna, la ilusión de vivir una película en la que un poeta que será famoso y reconocido algún día acumula experiencias para luego verterlas al papel transmutadas en palabras quemantes, de *un aire metafísico que nadie ha de palpar*. ‘Pero a partir de unos meses se acabó todo esto, hay que chancar como loco, y nada de chupetas, que dicen que el examen de ingreso a la universidad será más difícil este año que los anteriores’. Alguien le pasa un cigarrillo medio arrugado a Carlos, quien lo enciende con displicencia y logra fumar sólo dos o tres pitadas antes que empiece a circular por el cuarto de boca en boca. Alguien expresa un pensamiento prudente.

-Hay que dormir, muchachos, sino en unas horas vamos a estar hechos mierda y no vamos a pescar ni un resfriado.

-Uuuuyyy, ya están cansaditos los niños, qué pena me da –se burla Gustavo-. Excusas, carajo, para no atreverse a otra partida.

Gustavo mira alrededor con cara desafiante. Fernando piensa: Gustavo tiene cara de árabe. Quizá la familia entera proviene de árabes que vinieron con los españoles. Como dijo el profesor de ciencias naturales, el cholo Vargas: cuando se pueda hacer análisis genéticos más exactos se verá que las teorías de las razas son puras pamplinas y que todos estamos más mezclados que perros callejeros. Le gusta el profesor Vargas, su seriedad y amabilidad, su porte señorial, su disciplina. Fernando se imagina que Atahualpa habrá sido algo así, de un rostro pétreo, pero cordial, inteligente, de autoridad natural. Le gusta su negro sentido del humor, el que muestra con mesura. Le gusta que él parece gustarle al profesor Vargas, por ser estudioso y por sentir afinidad por las ciencias, aunque le gusta también la literatura. Le gusta menos que Vargas gaste muchas de sus noches en reuniones airadas del sindicato de educadores, donde dicen que se conjuran actos peligrosos y nocivos para la patria. Como Gustavo, que también los aburre en ocasiones con sus peroratas políticas inentendibles para Fernando, y que ahora ha puesto los ojos en él y lo saca de su ensueño.

-Vamos, Fernando. Un hincha del Alianza Lima no puede decir que no. La última y a caja de cerveza.

Fernando apenas tiene tiempo de exhalar un sonido impreciso antes que un coro de voces exageradas lo ensordezca. ‘Juega, compadre, tú puedes, de algo tiene que servirte chancar tanta huevada, por los patas, carajo, cágallo al pendejo del Gustavo, ya está cansado, ahora es cuando’. A Fernando no le queda otra que sentarse enfrente del tablero.

-De acuerdo, pero no a contrareloj.

-Habrá que darle ventaja a los menores, pues.

La partida empieza de manera sosa y predecible, pero muy pronto Gustavo realiza algunas de esas movidas extrañas que despistan tanto a sus adversarios. Pero Fernando ya las ha estudiado y sabe que hay un sistema detrás de esos movimientos sorpresivos, así que contrarresta con facilidad y sin perder los nervios los ataques de

Gustavo. ‘Pendejito el chiquillo, quién diría. ¿Te has estado pajeando diez veces al día las últimas semanas?. Estás con mano, carajo’, se burla Gustavo y todos se ríen haciendo los comentarios soeces de siempre, ‘seguro que pensando en la flaca de cuarto año esa, la Trini, puta que más fea que pegarle a un padre, carajo, sí, si hasta le está saliendo pelos en la mano, miren’, algún almohadonazo remece la cabeza de Fernando, cigarros se intercambian en el cuarto, se apagan de a pocos las voces, la atención vuelve al tablero. Fernando no se molesta con estas chanzas, al contrario. Le hacen sentirse parte del grupo a pesar de ser el primero de la clase, circunstancia esta que bien podría haberle ganado el desprecio o indiferencia de los demás. En cambio, él es uno de ellos, por su participación entusiasta, aunque torpe, en las tropelías y desmanes del grupo. Además, piensa, es verdad que se ha masturbado más la última semana. ‘Pero no por la Trini, sino pensando en tu hermana, Bernardo’, y vuelve a su mente la imagen de los pechos trasluciéndose detrás de la camisa blanca, las pantorrillas morenas que ha visto tantas veces, el culito delicado y sinuoso, la sonrisa muy blanca y el rostro árabe y siente otra vez el hormigueo entre las piernas, que disipa adelantando un peón de torre para cerrarle la salida a un caballo de Gustavo. Se escuchan comentarios en voz baja. Gustavo, contra su costumbre, frunce el ceño y se concentra. Está preocupado, para variar. Después de un rato espeta:

-¿Así que me sales con estas, no? ¿A que has estado estudiando el libro del huevón ese, cómo se llama?

-Krapotsky. Un poco. Siempre hay que mejorar, ¿no?

-Ya, ya, no te me hagas el santón y te pongas a dar sermones. A ver qué haces con esto, carajo.

La jugada de Gustavo rebasó esta vez los estudios de su estilo por Fernando y le dejó algo desarmado. Súbitamente, entró Adela, sonriendo y sentándose en un rincón de la cama, masticando un chicle. Todos la miraron menos Fernando.

-¿Dónde está el viejo, Adela, ya se fue a la cama? -preguntó Bernardo.

-No, todavía no, está viendo la televisión, una película horrible. Por eso me vine para aquí. Una cosa de asesinatos muy feos, gente a la que le cortan la cabeza con una sierra, con hachas, ay, horrible.

-¿Y qué hace el viejo viendo esas cosas, no sabe que no es bueno para su corazón?

-Ay, tú sabes cómo es él de testarudo. Ya le dije, pero no entiende.

-Ahora voy a hablar con él, no se hagan problemas. Primero me despacho a este pollito, esperen un rato -intervino Gustavo-. Mientras tanto déjenlo que mire un par de asesinatos más, qué más da. Peor sería que viera calatas, eso sí que jode el corazón, ¿no Fernando?

Adela dejó escapar una sonrisita pedregosa. Fernando sintió cómo la sangre abarrotaba su rostro y lo calentaba. ‘Véte, Adela, no me dejas concentrarme’.

-Bu...bueno –tartamudeó Fernando- eso depende de qué calatas. ‘Si fueras tú, Adela, dejaría de respirar’. Sin poder impedirlo las imágenes que había usado para estimularse durante su última masturbación acudieron a su mente, atropellándose y entremezclándose en una amalgama espesa, lo que aumentó su sensación de vergüenza. Fernando sabía que a pesar de su apariencia caótica las hilaba un orden impuesto por su imaginación y sus necesidades internas: secuencias que se repetían en versiones diferentes, mejoradas, dramatizadas, exageradas, Adela buscando a su hermana en una casa solitaria de la que todos han partido para un paseo dominical al que él no había querido asistir para atender a sus obligaciones escolares, Adela sentándose en su cama con su falda veraniega, mirándolo de reojo como hacía siempre y llamándolo a cumplir su destino de macho, Adela recibiendo los primeros besos de él arrodillado al borde de la cama, Adela abriendo las piernas y sus manos despojándola del calzoncito blanco que ha mirado tantas veces perturbado, Adela echada en la cama y él besándole los pechos, el vientre, el ombligo y bajando lentamente hacia el monte de Venus, Adela gimiendo entregada, Adela...

-Ay, qué vivo el Fernando, mírenlo qué sabido –dijo Adela mientras el resto se reía con menos exageración que hacía un rato. La presencia de una mujer los inhibía.

-¿Y qué mujer desnuda te daría un ataque cardíaco, Fernando, a ver? –siguió Adela no sin cierta crueldad, viendo el embarazo de Fernando. Éste seguía concentrado en el tablero, pero atinó a responder:

-A mí me gusta Natasja Kinski.

-¿Natasja qué? -exclama Adela, sorprendida.

-Refinado el chancón -le achaca Emilio. Volviéndose a Adela :

-La hembrita esa que lo tiene loco al rayado de Polanski –explica Emilio, mientras le jala de la casaca a Manuel para pedirle un cigarrillo con un gesto.

-Ay, Fernandito, habla cristiano, pues, me refiero a quién de las personas que conoces ahora.

-Nadie –reponde Fernando decidido. Mueve un caballo a una posición que el asombro general reconoce como casi suicida.

-¿Cómo que nadie? Alguien habrá.

-Nadie –insiste Fernando, tratando de estimar la reacción de Gustavo, quien responde rápidamente comiéndole el caballo con su reina, y dejando desguarnecido de momento el flanco izquierdo, situación que aprovecha Fernando con igual rapidez para sacar un alfil y bloquear la salida derecha de Gustavo, quien de súbito se da cuenta de su error.

-Carajo, sigue pendejo el chiquillo. Ya, Adela, no jodas pues, me distraes con tu cháchara cojuda. Esto es cosa de hombres, déjanos tranquilos.

-Ay, oye, qué te has creído –se ríe Adela, conociendo la tosquedad de su hermano mayor- quién te ha dicho que yo no sé jugar. Además, no eran chácharas, le estaba haciendo psicoanálisis al Fernando, ¿no les gusta a ustedes tanto hablar de esas perversiones poliformas?

-Polimorfás querrás decir –se atreve Fernando, recordando la conversación que tuvieron hace unas semanas en su casa, en la que les explicó a ella y su hermana los principios básicos del psicoanálisis, y recordó sobre todo la mirada intensa de Adela, su curiosidad ígnea por el tema, sus preguntas constantes, la fijeza de sus ojos almendrados cuando describió al hombre como un ser instintivo, en perpetua búsqueda de satisfacción carnal. De pronto, la vergüenza lo asedió de nuevo, al pensar que los hermanos de Adela podían sospechar que él andaba hablándole de sexo a su hermana con el innoble objetivo de hacer lo que de veras hubiera querido hacer.

-Polimorfás o poliédricas, me da igual –dijo Gustavo, impaciente-. No me dejan jugar en paz y este huevas ya me tiene acorralado.

Adela, anda a ver cómo anda papá, no vaya a ser que en verdad se haya puesto a ver calatas y esté a punto del ataque cardíaco.

Se escuchó una leve risa general.

Adela se levantó con un gesto de cansancio, y miró a Fernando justo antes de salir, mirada que Fernando pudo captar a pesar de estar mirando todo el tiempo al tablero para simular indiferencia. Sus pensamientos se habían desbocado, sin embargo. No podía librarse de sus fantasías sobre Adela. ‘Más’, gime Adela, ‘más, así, sigue, así, más, qué rico, más’ y de pronto se le mete en medio de las imágenes y sonidos eróticos la melodía del ridículo himno a la bandera que cantaban a veces en el colegio, ese que comenzaba ‘arriba, arriba, arriba el Perú, la gloriosa enseña inmortal’, ¿o era otra la letra? ¡Qué cojuda es la mente a veces, reflexiona Fernando, sintiendo cómo la melodía de la gloriosa enseña se desvanece poco a poco e imagina sus manos asiéndose a las nalgas suaves de Adela, los pechos de pezones erectos rozando su pecho, y el pelo de Adela extendido sobre la colcha, enrevesado, jeroglífico, y el olor, sí, el olor, ese que a veces sentía cuando entraba al baño después de que una mujer hubiera estado en él, el olor que le había perturbado en el prostíbulo donde se había iniciado sexualmente, el olor que creía percibir ahora...

-Juega, carajo, que no tenemos toda la noche. ¿En qué estás pensando, en la Natasja? Pajerito el chiquillo.

Fernando regresa al tablero, copado esta vez su flanco derecho por la intrusión del alfil de rey de Gustavo. ‘Justo lo que quería, hermano’, piensa Fernando, ‘estás distraído de verdad’. Fernando adelanta un peón y bloquea aún más la salida de Gustavo, con aparente indiferencia por el alfil que amenaza su otro caballo, a lo que Gustavo responde con rapidez temeraria avanzando un peón de torre para cortar el escape de un alfil de Fernando, lo que es respondido con no menos celeridad por Fernando con un salto abrupto de su caballo de reina que se acuña entre las piezas centrales de Gustavo y es en ese momento que éste se da cuenta. Mira agitado el tablero, frunce el ceño, coge una pieza, la deja, coge otra, susurrando una negativa casi espectral, y finalmente se echa para atrás y, con un largo suspiro, concede.

-Me cagaste, compadre. ¿Quién iría a decirlo? –mira a todos, quienes aún se encuentran hipnotizados por el tablero, tratando de entender por qué se ha rendido tan pronto-. Contempla a estos bestias, Fernandito, hay que explicarles. Miren.

Gustavo, didácticamente, explica:

- Él jugaría así, yo asá, luego así y asá, se abren dos posibilidades, pero en realidad sólo una, que en verdad es nada más que una muerte lenta y, por lo tanto, no hay nada que hacer. ¿Entendido o todavía hay que darles sopa de cabeza de pescado para que se les ilumine el cerebro?

Todos atienden, admirados. Fernando se averguenza de su propia victoria y trata de minimizarla aduciendo la distracción producida por Adela, las burlas constantes, el cansancio. Gustavo no se deja impresionar y le reprocha, en tono jocoso:

-!Ya déjese de hueveos, pues, compadre! Cuando se gana, se gana y punto. Un buen revolucionario admite su pérdida sin ambages y acepta su victoria con orgullo, pero con humildad. Eso sí, lo de la cerveza era pura fufulla. Pero aquí tengo un calentado para que duerman en paz.

Gustavo saca de una cómoda destartalada una botella de rón a medio terminar. Le ofrece un trago a Fernando, quien se regocija ahora sí de su triunfo inhabitual, y el resto empieza a pedir también. Todos comentan la partida y la sorpresiva derrota de Gustavo y este se ríe mirando a Fernando y diciéndole que de la revancha no se escaparía. De pronto, se levanta, estira los brazos y piernas, da un bostezo exagerado que ha de haber sonado hasta el Chino y se despide.

-Bueno, muchachos, lamento que se vayan a quedar sin guía y luz por el resto de la noche. Me quito a dormir. Y no se pajeen demasiado. Uno al día, salud y energía, pero más produce esquizofrenia. !Hasta la victoria, compañeros!

El cuarto se llena de protestas y exclamaciones, “fuera de aquí, rojimio”, “viva el Apra, compañeros”, “qué victoria, el barrio La

Victoria, será, carajo”. Fernando participa, con timidez. Él respeta a Gustavo, aunque no entienda sus ideas. A él, además, le han enseñado a respetar a sus mayores y Gustavo siempre pareció incluso mayor de lo que era, por su seriedad general, sus peroratas filosóficas, su seguridad al hablar. A Fernando le gustaría ser como él, y poder hablar así, y lo intentaba: sus discursos a Adela y su hermana, que ellas escuchaban embobadas, tenían a veces el ímpetu de Gustavo, la morosidad de sus explicaciones, el toque humorístico e irónico con que los salpimentaba, pero él sabía que estaban limitados a ellas, adolescentes menores que él, y que los incitaba la libido aquella de la que hablaba Freud con tanta profusión. En público, en grupo de amigos, eran raras sus intervenciones y casi siempre marradas por el nerviosismo.

Todos se aprestaron a buscar sitio para dormir. El cuarto era pequeño, pero no faltaban almohadones y frazadas donde acurrucarse a dormitar un rato antes de la partida. El ambiente le recordó a Fernando los largos viajes que hacía a la sierra con su familia para visitar el pueblo de su madre: el carro lleno de gente, todos arropados hasta la desaparición, bultos por todas partes, la respiración condensándose en las ventanas, el olor de humanos agrupados, la noche infinita extendiéndose por los desiertos y montañas. Quizá es algo atávico, animal, pensó Fernando, y se imaginó una cueva llena de homínidos peludos apretados unos contra otros en busca de calor y seguridad. Como dijera el profesor Vargas el otro día en clase: tenemos mucho de Neanderthal en nosotros, y todos señalaron, previsiblemente, al mono Quezada, con sus cejas bajas y densas, su pecho lleno de una pelambre desordenada, sus brazos oscuros, su nariz ancha y respingona. Sí, mucho de Cro-Magnon, de Neanderthal, de Australopithecus, de qué sé yo, caracho, y el lunes hay exámen de anatomía, y ojalá que al perro no se le haya ocurrido adueñarse del fémur oreándose en el arbusto, porque me jode y ya no tengo otro, y de quién será dicho hueso, tal vez de algún Nazca o algún Paracas caidos en batalla, o algún sacerdote enterrado en esa huaca de Mala con sus siervos, sólo encontramos unos cuantos restos del hombre (o mujer), en todo caso, dónde estaría lo demás, esparcido por la playa por alimañas, pulverizado por un rayo, irremediamente dañado por el sol, la lluvia, los pájaros, de qué cultura sería esa huaca perdida y casi abrumada por el tiempo, y el loco de Manuel cavando como un

poseo, repitiendo excitado que seguro que había un tesoro allí enterrado, y sólo aparecían unos cuantos huesos que se llevarían en bolsas de plástico como único trofeo, y unos cuantos pedazos partidos de cerámica que no se molestaron en llevarse y el olor de la tierra seca y violada, el asco que de pronto me embargó, carajo, como si todo estuviera podrido, pero árido, y los virus aquellos que atacan a los huaqueros, la venganza de los muertos perturbados, y mejor me olvido de eso, porque me cago de miedo y Adela, qué diría de esa incursión en la historia, me admiraría por haber sido capaz de buscar huesos de hombres, por haber trepado con intrepidez irresponsable ese barranco que caía en una mar agitada y solitaria, por haber regresado lleno de rasguños, con el pié torcido, la cara polvorienta, el pelo en masacota, los huesos chocando como maderos en las bolsas, orgulloso de la hazaña, como el Sargento Sanders, pequeños Julio C. Tellos capaces de desafiar los elementos en procura de la nota máxima en anatomía y de tu admiración, Adela, por qué mierda viniste al cuarto así hoy día, no sabes que me jodes los nervios, pero gané, a pesar de todo, y mañana, más tarde voy a pescar una guitarra para tí, para que se te caiga la boca, y vengas conmigo a la fiesta de promoción, porque no tengo a nadie con quién ir y me muero de vergüenza de pedírtelo y mejor me quedo en casa, lamentando no haber ido, y mañana una guitarra, y los huesos no sirvieron, y mañana, así, mañana. Se durmió.

*

El despertador sonó medio ahogado por la frazada de alguien que se había movido demasiado en sueños. Fernando apenas pudo oirlo, pero no le hubiera sido necesario: ya estaba despierto, esperando la hora en que sonara el despertador. “¡cha su madre, apaga esa huevada”, se oyó en la oscuridad al cholo Emilio, y poco a poco las masas oscuras empezaron a moverse. ‘Como australopithecus en la cueva alertados por el rugido de un felino’, pensó Fernando, siguiendo con sus ojos el ajeteo de las masas informes en la casi completa oscuridad. La casa de Bernardo era antigua y su familia vivía en el piso de abajo. Las ventanas tenían algo que parecían puertas de madera sólida y, una vez cerradas, no dejaban pasar sino un ápice de luz. A Fernando le gustaba dormir donde Bernardo, adoraba a su familia extraña y cariñosa, donde ocurrían cosas que jamás pasaban en su casa y había siempre gente peculiar y dotada de

experiencias que le fascinaban. En esa casa se hablaba de otra manera y se vivía de otra manera, y en esa casa dormía Adela, a quien conocía desde la primera infancia y con quien soñaba despierto a menudo desde hacía años. ¿Cuándo se había convertido la normal afección de dos niños que jugaban juntos desde antes de la memoria en la angustia esta que le invadía al pensar que Adela jamás se fijaría en él como en un hombre? Fernando trató de recordar el momento, los momentos en que la realidad sibilina del sexo se le hizo aparente y lo llenó de confusión. No hacía mucho, en verdad, él no había siquiera sabido cómo es que venían los niños al mundo y recordó una conversación en que su padre hablaba, medio borracho, con sus amigos de siempre y les decía que a él tres hijos le parecían suficientes, y recordó cómo aquella simple afirmación le había incitado una serie inconclusa de interrogaciones, comenzando por la pregunta sobre cómo podía la voluntad humana decidir algo tan azaroso y divino como la venida al mundo de los niños. De pronto, la oscuridad se quebró. Alguien había prendido la luz.

-Ya, apúrense, pues, huevas tristes. Los peces no esperan –dijo Manuel, enfundándose una chompa gruesa de lana.

Fernando pensó, riendo para sí: esa es una frase curiosa, “huevas tristes”. No sólo un huevas, algo ya cargado de un aire bovino y hasta melancólico, sino acentuado por la adjetivación “tristes”. ¿De dónde salían todas esas frases? Demasiadas preguntas, Fernando, mejor diviértete nomás. Los peruanos somos melancólicos hasta en nuestras bromas, y freudianos irremediables, le había dicho Gustavo alguna vez, obsesos con cachar y con llorar. Mira al cholo Vallejo, si no. *Pienso en tu sexo. Simplificado el corazón pienso en tu sexo ante el hijar maduro del día.* Fernando recordó que Adela le había regalado *Trilce* para su cumpleaños, y que él se había leído el libro, arrebatado, en una sola tarde gris de huevas tristes. Cachar y llorar, no cabe duda. Y chupar y juerguear también. Hora de chupar ahora, hora de olvidarse de sus horas habituales.

-!Fernandito, otra vez pensando en la Natasja! Vístete, carajo, que ya nos vamos.

Manuel le entregó su mochila con las botellas de rón y los cigarros, y él se la echó al hombro, y salió del cuarto en puntillas. Una vez en

el pasillo, todos dejaron de hablar para no despertar a los demás. Pero nada podía desalentar la impecable hospitalidad serrana de la abuela de Bernardo, quien, sabedora de sus planes -los que siempre recibía con afecto y moviendo la cabeza, diciendo “ay, estos locos muchachos”- se había levantado, puesto su bata antigua, con el objeto de prepararles algo de comer. Bernardo la resonó en susurros, como siempre, conminándola a que volviera a la cama, que esas no eran horas para una señora mayor y repitiéndole que ellos estaban bien y que volverían para el almuerzo.

Ya en la calle, volvieron a chancar entre ellos, pero en sordina, para no atraer la atención del vecindario. Bernardo vivía en Miraflores, un barrio que no congeniaba con la posición social de su familia y menos aún con su procedencia, pero al que habían llegado aprovechando una de esas casas antiguas y en proceso de franco destartalamiento, de arquitectura pintoresca, tal vez anglosajona, que habían dado su carácter de balneario al distrito, y alquilando sólo la planta baja para toda la familia, que era numerosa. Además, el padre se había agenciado un puesto en un banco que había mejorado el destino de todos. Para Fernando la casa tenía algo de infinita, de impredecible. Ni siquiera la conocía toda, pues algunos cuartos allende el patio pertenecían a miembros más lejanos o transeúntes de la familia, y permanecían normalmente bajo llave. Sólo una vez había logrado poner un pie en el misterioso cuarto del tío Jorge, el hermano menor de la madre, preguntando por Bernardo, sobrecogido por la vergüenza, la que no hizo sino aumentar al ver la comitiva extraña y hasta siniestra que allí se encontraba reunida – jóvenes adultos, de descuidadas barbas y ropas informales, perdidos en una humareda medio gris y convoluta- voltar toda hacia él para mirarlo. Alguien había hecho súbitos malabares para esconder un papel que tenía en sus manos, otro, con una mirada de alarmada intensidad, había abierto la boca como para decir algo, pero seguido en silencio, una mujer de pelo muy ensortijado y hermosos ojos negros, había tentado una sonrisa, paralizada en seco por un gesto soberbio del tío Jorge. “No, no está aquí. Y no vuelvas a entrar sin golpear, por favor”. El incidente había tomado formas legendarias en bocas de los amigos, y algunas semanas después ya era una pistola lo que había intentado esconder aquel hombre, y una alocución profética había precedido el despido de Fernando del cuarto, y, al correr de los meses, en otras versiones más

entusiasmadas, hasta el principio de una orgía lo que había interrumpido Fernando, con la mujer de hermosos ojos practicando sexo oral semi-desnuda y rozagante. Fernando no pudo hacer nada para desalentar tales deformaciones, e incluso llegó a promover algunos detalles que enaltecían su imagen heroica, como haberle respondido a Jorge palabras no menos proféticas que las suyas, o haber notado un instantáneo deseo venal por él en ojos de la mujer aquella.

Pero el tío Jorge había vuelto finalmente a su pueblo, Caraz, y poco era lo que se sabía de él desde entonces. Su cuarto había pasado a manos de Gustavo, y el de Gustavo era alternativamente ocupado por algún extranjero despistado y con poco dinero, o por algún refugiado sudamericano, o por alguna mujer incomprensible y de palpable liberalidad, que servía a Fernando para dar colorido a sus fantasías y dejar en paz a Adela en su mente algunas veces. Justamente fue con una de estas inquilinas, también extranjera, que se encontraron al llegar a la esquina, volviendo de una fiesta acompañada de un hombre de apariencia indígena, pero de vestimenta hippie.

-Hola, muchachos, ¿qué están haciendo por aquí a estas horas de la madrugada?

El hombre a su lado sonreía con una mueca estúpida y congestionada, y abrazaba a la gringa por la cintura. Se acercaron a ella, y Bernardo explicó que se iban a pescar.

-Uuuuy, qué bonito. ¿Vamos Hermenegildo también? Quizá podemos bañarnos en la playa, y hacer un fuego bonito. ¿Vamos?

Por un instante al hombre de al lado se le descompuso la cara, pensando obviamente que los ímpetus naturalistas de la gringa le podían estropear el polvo. Acertó a decirle que mejor no, que era invierno, que mejor calentitos a la cama, cariño, no vaya a ser que se resfríen y no puedan ir a Pachacámac al día siguiente, que la conjunción astral adecuada sólo duraba unos días y podían perder la oportunidad de hacer la ceremonia, y la gringa lo miraba con cara ebria, entendiendo la mitad de lo que decía, y empezando a molestarse por un hipo que había empezado a agitarla rítmicamente.

Bernardo intervino también para apoyar al hombre de al lado, temeroso de que a la gringa se le ocurriera de veras acompañarlos. Fernando le miraba los pechos generosos, fácilmente adivinables bajo la blusa hindú de la gringa, y envidió profundamente al cholo al que sus cuentos preincaicos le habían conseguido una presa tan apetitosa. La gringa concedió al fin, y sin haberse curado de su hipo se fue en dirección a la vieja casa, diciéndole al shamán con el que iba que ni se le ocurriera que irían a dormir juntos, que había un sofá del siglo pasado que podía utilizar y que ella estaba en ayuno energético.

Todos se rieron ya pasada la esquina, bajito, para no despertar a la gente. ‘Putá que pendejo el cholo, lo único astral es la cojudez de la gringa’, comentó Manuel, y otros se aunaron a su espíritu jovial. ‘Concha su madre, qué riiiico, ¿le vieron las tetas a la gringa. No llevaba sostén, carajo, ¿le vieron?’, ‘Putá que la ceremonia incaica que se va a soplar la gringacha, con la pinga disfrazada de Tumi sagrado será’, y Fernando reía, imaginando ya los contornos principales de su próxima historia onanística, una gringa que se queda sólo en la casa de Bernardo cuando él va a buscarlo y no hay nadie, que se emborracha con el rón de Gustavo, que se abalanza sobre él sin dilaciones y que lo exprime sexualmente hasta el delirio. La voz de la gringa llegó hasta él diluida por el viento y la niebla, y por un momento le inundó de melancolía, sin que él pudiera explicarse por qué. Mucho más tarde entendería que estas irrupciones abruptas tenían que ver con una nostalgia de algo sólo fantaseado y no vivido, pero que deseaba ardientemente vivir. Que en dichos instantes quería haber vivido lo que le contaban aquellos seres extraños que venían a la casa de Bernardo, que hablaban de países lejanos, de lugares famosos, de viajes largos y difíciles, de luchas con el poder o la pobreza, de torturas y amores, de pieles suaves y plazas majestuosas, de bibliotecas y nieves, de buhardillas y desiertos. Al empezar a bajar por el malecón desapareció todo sonido y toda melancolía. El cholo Emilio le estaba diciendo:

-Saca el rón, compadre, que empiezo a congelarme.

Fernando se sacó la mochila y la puso en el suelo empedrado. El sonido de las botellas contra las piedras resonó en la quebrada que bajaba hacia el mar. Pudo sentir una brisa ligera que subía llena de

sal desde el océano, mezclado su olor con el de la tierra áspera de los acantilados. Conocía ese olor tan bien. Desde su niñez venía aquí con los amigos, a pasear y ver las olas sin término y tirar piedras a ninguna parte, a jugar fulbito en la cancha de la comisaría que estaba en el malecón y en la que un patadón hiperbólico podía significar la pérdida de la pelota, extraviada en la playa cincuenta metros más abajo, cuando aún no había ni pista que pasara por allí y se enseñoreaban los pájaros marinos y los cangrejos; luego empezaron a venir a chuparse los primeros tragos escapándose del colegio, travesura que acababa casi siempre con espectaculares vómitos tras la baranda del malecón, o a hacerse los poetas melancólicos que contemplan atardeceres dramáticos, a hacer fotos de objetos inopinados, de restos de basura, de piedras polvorientas y milenarias, traídas por glaciares gigantes, según les había contado el profesor Vargas, o a esperar ocultos mujeres que les avergonzaba confrontar en persona y que sabían que pasarían por allí, a cazar lagartijas y bajar los acantilados agarrado a viejas tuberías oxidadas, a huevear, en suma, interminablemente.

-Salud, cholo, y que no se te erizen los pelos.

La risa general rebotó en las paredes de la quebrada. El cholo Emilio tenía un pelo de una tiesura puercoespínica, pero hacía poco se lo había enlulado y le caía coqueto a los lados de la cara. Nadie sabía cómo lo había hecho, pero las especulaciones más maliciosas lo imaginaban debajo de una de aquellas máquinas que usaban las mujeres para hacerse una permanente.

-Ya, ya, no jodan, carajo, más respeto. Salud, compadre, te perdono nomás porque le ganaste al Gustavo al ajedrez y te portaste con el rón. Pero a la próxima te zampo la pichula en la boca, carajo.

Fernando recordó de súbito al cholo cuando ambos tendrían cuatro o cinco años, castigados fuera de la clase por hacer ruido, algo que él no había hecho, sino el cholo, pero que no se atrevió a denunciar por razones que aún desconocía, aunque sospechaba que el temor a contradecir a la histérica *miss* Castellanos tenía que ver con ello más que una solidaridad fraternal con su compañero de clase. No lo conocía aún bien entonces, además, porque a él lo habían trasladado a mitad de año de kindergarten a transición, algo que no disuadió al

cholo de ponerse a fastidiarlo embistiéndolo con la cabeza en el estómago para hacerlo caer. Como Fernando le llevaba altura no tuvo éxito, pero Fernando recuerda su sorprendida molestia por el petizo de pelo erizado que sin conocerlo se atrevía a perturbarlo incluso después de haber causado su expulsión de clase haciendo rodar un lápiz ruidosamente por la carpeta, no sin antes haberlo tajado dejando el aserrín en su maleta. Le pareció entonces un pequeño cachorro asiéndose imperturbable al pantalón de su amo para jugar. Fernando ignora qué pudo suceder después aquel lejano día, si bien intuye que al igual que hubiera hecho con un perrito molesto, terminaría acostumbrándose a sus embates y hasta alentándolos para seguirle la corriente. ‘Nos conocemos ya hace diez años, carajo, ya somos patas de hace diez años y dentro de unos meses dejaremos de vernos quizá para siempre’, se dijo Fernando, adelantándose en su mente al momento en que dejarían el colegio. Siente entusiasmo por la idea de dejar el colegio y hacerse universitario, pero pena por la idea de no ver más a sus patas. Antes de entregarse a la melancolía decide responder a la broma de Emilio.

-Será como palito de dientes, compadre.

Todos rieron más distendidos, incluido Emilio, quien pasaba la botella al siguiente del círculo que se había formado en torno a la mochila. Cada uno bebió un sorbo de la botella, la cerraron y continuaron descendiendo por el barranco. En la oscuridad las paredes pedregosas del mismo adquirían un carácter ominoso. Fernando se imaginó un río inmenso, desproporcionado, desembocando en un mar agitado y sucio de tierra, el que les contó Vargas que se había formado durante alguna glaciación lejana y dejado alrededor todos esos cantos rodados que formaban los acantilados de Lima. Quiso poder regresar en el tiempo para contemplar esas maravillas naturales, como le sucedía a menudo cuando escuchaba o recordaba historias remotas, y mientras más antiguas, más intensos sus deseos de imaginárselas en detalle, de creerse en la posibilidad de volver con alguna máquina del tiempo.

Siguieron descendiendo hasta una pequeña explanada, donde se detuvieron a mirar la playa.

-Hay pocos carros hoy día –dijo Manuel, sacándole la mochila a Fernando de la espalda.

-Pocos cacheros –replicó Emilio.

-Pero hay algunos pescadores en el muelle de Waikiki. Miren, alguien está sacando algo.

Desde esa altura era imposible reconocer si lo que sacaba era un pedazo de alga, de basura o un pez recién capturado. De su nylon colgaba algo, sin embargo, que a esa distancia parecía moverse.

-Creo que es un tollo, carajo, se ve grande.

-Eso es pura mierda, compadres, un pedazo de yuyo.

-Se mueve, huevón, ¿no lo ves?

-Es el viento, cojudo, fíjate en las olas.

El ritmo marino era en verdad más agitado que lo normal, y podía sentirse una brisa fuerte en el rostro. Los pelos de Fernando caían sobre sus ojos a menudo, y él procuraba devolverlos inútilmente a su lugar. Dijo:

-No parece sólo el viento. Lo está poniendo en su canasta.

El pescador se agachó a acomodar algo en su canasta, y desapareció en la sombra más allá de la luz del poste eléctrico. Fernando recibió el ron y le dio un buen sorbo. Los efectos del alcohol le agudizaban al principio los sentidos, al mismo tiempo que excitaban su imaginación. El pescador le pareció un homínido acurrucado sobre su presa, en los albores del arte de la pesca. Se lo imaginó metiéndose el pescado directamente a la boca, arrancándole la cabeza primero, saboreando la sangre espesa y salada, regocijándose en la victoria del ingenio humano.

-Vamos, carajo, que si no se acaba el rón aquí arriba.

Bernardo lideraba la marcha a través del estrecho camino que descendía a la playa, seguido por Carlos, a quien se le conocía por su agilidad y estado de alerta. Hablar poco le permitía fijarse en las cosas, le había dicho una vez Gustavo, y Carlos había sonreído con modestia. Hablar poco era algo que le pasaba a Fernando cuando lo amortajaba la timidez, pero que jamás había podido lograr en

confianza. Y menos aún pensar poco. De pronto, Bernardo se resbala en una piedra medio suelta y se cae de trasero, para alarma inicial y risa general posterior de todos. Aún había una buena altura y una caída hubiera sido fatal. Fernando callaba, por miedo. Siempre le habían atemorizado estas caminatas por barrancos, cerros, acantilados o abismos, razón quizá por la cual casi siempre buscaba hacer caminatas por barrancos, cerros, acantilados o abismos. “Es más fácil subir. Además subiremos por la bajada de Barranco, asfaltada y segura”.

-Cuidado, compadre, no quiero ver muertos feos.

-Vas a envenenar a los gallinazos, huevón. No se te ocurra caerte.

El jolgorio duró hasta que estuvieron casi en la playa. A pocos metros del nivel del mar, Manuel saltó. ‘Loco de mierda’.

-Loco de mierda, carajo, qué huevadas haces –dijo Fernando, algo molesto.

Tirado en el suelo, Manuel se reía. Le gustaba hacer estas cosas, arriesgarse de cualquier forma.

-Putas que me cansé de mirarle el culo al Carlos, así que cogí el atajo.

-Atajo para el infierno será, so huevón. Si el Bernardo sería un muerto feo, a tí no te aceptarían en la morgue ni cagando, por espeluznante.

-!Espeluznante! –se rió con más intensidad Manuel, revolcándose-. Escúchenlo al Fernando, todo un poeta. !Espeluznante!

Una vez en la playa, caminaron en dirección al muelle más lejano, donde comenzarían su peregrinaje nocturno. A lo lejos el muelle de piedras parecía la espalda oscura de un dinosaurio inmenso, internándose en el mar, desafiando las olas. Fernando se detuvo un rato a mirar entre las piedras pulidas de la playa, en busca de cangrejos pequeños. Le entretenía perseguirlos mientras intentaban huir bajo las piedras y él iba sacando más y más cantos, hasta encontrarlos atrapados contra las piedras más compactas. Eran de diversos tonos rosados, y le divertían también sus dimensiones, como de miniatura. Los hacía caminar en su mano, en la que sentía cosquillas por sus patas ligeras y puntiagudas. A veces se quedaban

inmóviles, como esperando los últimos dientes del destino. En un par de ocasiones se habían llevado cangrejos a casa de Bernardo, para ponerlos en su pecera, pero no duraban mucho allí. Un día aparecían inermes en el fondo, o patas arriba, explorados con curiosidad por sus pececillos. Sólo más tarde aprendería Fernando por qué y sentiría culpa de haberlos matado por ignorancia. Y sólo mucho más tarde sabría que se trataba de una especie en peligro de extinción. Pero ahora no podía encontrarlos. ¿Sería por la luna? Fernando había leído acerca de la influencia de la luna en los animales, y su reflejo podía ya verse al filo de los acantilados y los edificios arriba. Se incorporó para reunirse con los otros, y al fin pudo distinguir una pequeña mancha rosada hundiéndose en la oscuridad de los cantos al retirarse la ola. ‘Están por ahí, debajo de las piedras, tienen miedo de nosotros’. Se apresuró para no perder al grupo.

Al comienzo del muelle de piedra había un poste de luz grande, y allí esperaban los demás, acabando la chata de rón.

-Oye, Emilio, no seas pendejo, pues, deja para los demás. ¿Cuántas chatas hay todavía? –dice Manuel.

-Dos más en mi mochila, una en la del Fernando, y otra que seguro que tiene encaletada el Emilio –responde Carlos.

-¿Qué otra, compadre? –dice Emilio, secándose la boca con el dorso de la mano, una sonrisa maliciosa endulzando su pétreo rostro-. Siempre me acusan de encaletero, carajo, ni que fuera contrabandista

-¿No era tu viejo contrabandista de revistas pornográficas, huevón? De tal palo tal astilla –interviene Manuel.

-Aaaanda huevón –encendiendo un cigarrillo, tirando el fósforo lejos, aspirando fuerte-. Mi viejo no es putero como el tuyo, compadre. El otro día lo vi en su Fiat bien acompañado de una pampita con el pelo al pomo. Seguro que iba camino al burdel Cinco y Medio.

-Con tu vieja sería, huevón, que se había pintado el pelo trinchudo – responde con sonrisa maliciosa Manuel.

Dirigiéndose a los otros:

-Putá que el otro día me pasé por el quiosco de su viejo para luquear y comprarle su revista Vanidades a mi vieja, de paso que lo saludaba al cholo, y sólo había revistas de calatas, carajo. ¿No le da vergüenza a tu vieja venderle a tanto arrechó? Putá que yo no dejaría a mi hermana vender esa huevada, carajo.

-¿Y a tí qué chucha, maricón? –moviendo el brazo en gesto de desprecio, sonriendo sarcásticamente-. ¿Qué culpa tiene mi viejo que el Perú esté lleno de pajeros? Y vende bien, compadres. El otro día me quedé todo el sábado ayudando a mi viejo y se los juro, huevones, se vendieron más de cien revistas de calatas. Esa noche mi viejo se compró un whiskacho y acabó zapateando su huaylas con mi vieja, los dos zampados y cagándose de risa. Mi viejo me prometió que si ingresaba a la universidad me compraba una moto. Eso sí, el viejo se puso sentimental cuando ya estaba zampadazo y me agarró del cuello, y cabeza con cabeza me repetía que no quería que su hijo hiciera lo mismo que él, concha su madre, sino que fuera un profesional, que él había tenido que trabajar desde chibolo y no había podido estudiar, pero que por eso se sacaba la mierda trabajando en ese quiosco de domingo a domingo para que sus hijos fueran más que él y se hicieran hombres de bien. Putá que sólo del tufazo casi me mata, compadres, y hasta me dejó tomar un vaso de whisky con él, a pesar de las quejas de la vieja. ‘Que compren los pajeros todo lo que quieran’, decía el muy pendejo para joder a la vieja, que se reía y le decía que se lavara la boca con zapolio. Habrá que chancar duro en los estudios para no cagarlo al pobre viejo, carajo.

-Putá que ya se puso sentimentalón el cholo –dijo Manuel, a quien le llegaba el turno del rón y limpiaba el pico de la botella antes de tomarse un trago largo, que le hizo arrugar el rostro y exhalar exageradamente-. Está fuerte el ronacho, carajo. Oye cholo, déjate de huevadas familiares que nos importan un pincho y cuenta qué pasó con la Barza el otro día.

Todos estallaron en una risa llena de exclamaciones soeces, animando al cholo para que contara. ‘Cuenta, cholo, cuenta, qué cague de risa, carajo, sonó como cáscara de huevo, ‘cha su madre, ‘ta que la profesora Longo no supo qué hacer’.

El cholo se sonrojó mientras encendía otro Premier y en su rostro pudo verse el gesto que delata no sólo vergüenza sino orgullo. ‘No sean pendejos, no me quiero acordar’, ‘cuenta huevón, no te hagas del culo estrecho’.

-!Qué palteada, carajo! –exclamó el cholo Emilio al fin, pasando su cigarrillo a otro-. No pasó nada, huevones, esa cojuda de la Barza que se hace la delicada. Tremenda pendeja. Hace tiempo que le estoy haciendo el punto y bien que se arrecha la huevona con mis requiebros –esta palabra la recibieron algunos con expresiones que denotaban irónica admiración, ‘pa’ su madre, el cholo se ha leído su Bruno, carajo’, ‘cha su mare, parece Carbajal el cholo’-, pero ese día estaría asada, le habría venido la regla, qué sé yo, y en clase le empecé a hablar bajito al oído, como siempre hago para que no se dé cuenta la Longo, que se manda con sus discursos de mierda sobre Platón, Descartes, que parece nombre de juego de cartas, carajo, y la Barza bien que se sonreía, que para ya, malcriado, se va dar cuenta la Longo, y yo dale que dale a meterle letra, que a ver si nos veíamos a la salida, si se venía un día a mi casa a escuchar discos que me había traído mi primo de Miami –‘mierrrrrda, los aires que se da el cholo, tu primo en Andahuaylas será’, risa general-, ya no jodan que me callo, y de pronto me mando con el poema ese que me había enseñado el huevón del Fernando, él tiene la culpa carajo, pensé que escuchar un poema la arrecharía más todavía, y se da vuelta y me manda un sopapo que me hizo ver a Judas calato, concha de su madre, casi me saca el cerebro por la otra oreja.

Todos se carcajean y Manuel hasta se tira a las piedras de la risa.

-‘Ta que el cholo, carajo, si hasta se le pararon más los pelos, parecía el flaco de El Gordo y el Flaco, ‘cha su madre, la misma cara de cojudo, agarrándose la cara sin saber qué mierda decir.

-!Y sonó como armario viejo, el puta! Y la Longo se calló en seco en medio de Aristótela o no sé qué huevada.

-Aristóteles –corrige Fernando.

-Qué sé yo, pero la Longo no sabía qué decir. ‘A ver, qué ha pasado allí, qué falta de respeto es esto’, y el cholo mariconazo se pone a llorarle a la Longo..

-Aaaanda huevón, qué llorando ni que ocho cuartos.

-Llorando, huevón, como mariquita, con su mano en la oreja, ‘la alumna Barza, miss Longo, que me ha tirado una cachetada por las puras’, y la Barza con cara de poto, que se pone a lagrimear, y le dice a la Longo, ‘que me ha deshonrado el Rivera’, y la clase entera que se caga de risa y la Longo, ‘silencio, silencio’ –la imita Manuel, sentado en el suelo, con tono que logra ecos de los acantilados-, ‘silencio, que los castigo a todos a quedarse hasta las cuatro sin derecho a comida’, y puta, las huevadas que dice la Barza, seguro que lo sacó de una telenovela, ‘deshonrado’, como si el cholo le hubiera metido la mano a la chucha, carajo.

-Pendeja, carajo –reflexiona el cholo Emilio, mirando al suelo, aún el rostro cruzado por una sonrisa ladeada.

-Y el cholo que le dice a la Longo, ‘si yo no le he dicho nada, miss, sólo un verso de un poema’, y la Longo que le contesta ‘aunque fuera de Vallejo, durante la clase no se habla’.

-Y yo todo huevón le digo que así era, que era de Vallejo el verso. Puta que el cachetadón me remecio el cerebro, carajo, hay que ser cojudo para responder así.

-No importa que sea de Vallejo –levanta la voz la miss Longo-, este no es lugar para jueguitos. Después de la clase quiero hablar con los dos. Por lo menos se trataba de algo culto –se calma miss Longo-. Me alegro que le haya dado por leer a nuestro mejor poeta nacional, Rivera, ya era hora. ¿Y podría repetirnos el verso para ilustración de sus compañeros?

-Mejor no, miss Longo.

-¿Cómo que no, señor Rivera, se averguenza de nuestro mejor poeta, o de su afición a la poesía?

Fernando se encoge en su carpeta, rogando en silencio ‘acuérdate de otro verso, cholo, no se te ocurra repetir el mismo que te enseñé en el recreo’.

-No, miss, no es eso.

-Que le diga el verso, miss Longo –interviene la Barza-, para que vea.

-Me incitan la curiosidad, vaya. A ver, Rivera, el verso.

-Bueno, miss, pero no me eche la culpa después, ‘no seas bestia, cholo, dile un villancico cualquiera de tu tierra’. El verso es este: *Pienso en tu sexo. Simplificado el corazón, pienso en tu sexo ante el hijar maduro del día.*

La clase entera estalla en risa, incluida la deshonrada Barza. La miss Longo debe contener una sonrisa, antes de asumir nuevamente su seriedad habitual.

-Ya, silencio. Poema XIII de Trilce, si no me equivoco –apuntala la Longo-. ¿Se sabe el resto del poema, Rivera?

-No, miss Longo, sólo me aprendí este verso. ‘Ni se te ocurra decirle quién te lo enseñó, carajo, que te parto la cara a la salida’.

-!Claro, sólo la parte que estimula su mente morbosa!, ¿no, señor Rivera? Tiene razón la señorita Barza en sentirse ofendida. ¿No sabe usted que los poemas forman una unidad orgánica, que algunos versos entresacados de su lugar natural pierden su significado? ¿No hemos estudiado esto en clase? En cambio, usted, usando a nuestro Vallejo para molestar a su compañera.

-No quería molestar, miss Longo, sólo quería decirle algo bonito e inteligente.

La clase vuelve a desarticularse en carcajadas, y el mismo Emilio no puede evitar reír, aunque con más moderación.

-!Silencio, he dicho! Ya le dije que, en primer lugar, durante clase no se habla, y en segundo lugar, usted está desvirtuando a uno de nuestros pocos clásicos peruanos. De castigo va a tener que aprenderse de memoria ese poema, !entero! –alza el dedo índice, miss Longo, sube ligeramente la voz- y otros diez de Trilce, y luego diez poemas de Poemas Humanos, para que aprenda a respetar a Vallejo. La próxima vez que quiera decir algo bonito lo dice fuera de clase y mejor escoge a Darío o a nuestro Mariano Melgar.

-Yo no quiero que me diga nada bonito, señorita Longo, me molesta siempre.

-La muy chucha de su madre, carajo, cagarme así en público. Bien que le gustaban mis avances eróticos –‘sha su madre, el cholo ha seguido los consejos de la Longo y se ha puesto a leer los clásicos’, comenta alguien-. Me hizo quedar como arrecho enfermo. Y ni siquiera me gusta de verdad, la gordita esa, sólo que tiene un culo digno del Olimpo.

-Pa’ su diablo, el cholo va a ingresar a la universidad seguro, carajo, se ha leído todo su Sofocleto. ¿Y qué dijo la Longo después, cholo? –pregunta Manuel para incentivar a Emilio a seguir contando.